

# Carmen Naranjo descubre el "ladino"

En el nombramiento de Carmen Naranjo como Embajadora en Israel se mantiene una antigua tradición diplomática de los países de lengua española, la de enviar a gentes de letras como representantes en países importantes, donde pueden ser vectores de la cultura de esos países, a la vez que dan a conocer la cultura nuestra en el exterior. Los cargos consulares y diplomáticos han sido desempeñados con notables resultados como en el caso de don Angel Ganivet, quien fue cónsul de España en Finlandia. El finlandés es una lengua muy difícil y complicada, casi imposible de dominar para nosotros por no pertenecer a la familia indoeuropea, sino al grupo fino ungrío, si no estoy equivocado, y probablemente Ganivet no llegó a conocerlo bien. Pero en Finlandia se hablaban otras lenguas, como el sueco y el ruso, que sí son Indogermánicas. La corta residencia de Ganivet en Finlandia fue muy útil desde el punto de vista comercial y cultural, y dio ocasión para que Ganivet escribiera las "Cartas Finlandesas". Diplomáticos han sido Stendhal, don Juan Valera, Rubén Darío, para citar personalidades muy distintas. Desde el punto de vista práctico son más útiles los economistas y sociólogos, pero los lazos culturales cimentan mejor la amistad entre los pueblos. Por eso, tratándose de Carmen Naranjo, el acierto de ese nombramiento comienza a dar frutos.

Carmen usa el nombre, ahora corriente, de "ladino" derivado de *latinus*; latino, para distinguir esa forma arcaica del español que más propiamente se designa español sefardita, que es como si dijéramos español ya que sefardita se deriva del nombre de España o de la Península ibérica en hebreo. "Ladino" tiene el inconveniente de que se aplica en Filología a la lengua de la antigua Retia, o retorromano, según nos explicaba hace sesenta años don Justo Facio en sus lecciones de Literatura, que de hecho abarcaban temas lingüísticos. La antigua Retia, que fue incorporada al Imperio romano por Augusto, era una región que se extendía por varias zonas de Europa, incluso parte de Austria, el Tiro, y la región meridional de Suiza, donde aún se conserva, con admirable vitalidad, por un número limitado de los antiguos helvéticos.

El sefardita se habla, según nos cuenta Carmen, en Jerusalén, como lengua importada hace mucho tiempo por los inmigrantes; pero en muchas regiones de la parte mediterránea de la Europa oriental no ha dejado de hablarse como lengua materna de los judíos en diversos países y regiones, como en Monastir (Yugoeslavia), en Bulgaria, Grecia (Salónica), Constantinopla, Port Said Egipto, etc. Ese español anticuado tiene utilidad hasta para actividades no santas, como el contrabando de opio. Por lo menos lo tuvo en un tiempo, cuando las tripulaciones de los barcos holandeses que viajaban al Lejano Oriente, a espaldas de los virtuosos holandeses, si es que no a la vista gorda de éstos, negociaban cantidades considerables de opio en Europa. El sefardita se habla también en otras regiones del norte de África y aun en Casablanca, el único lugar del mundo donde los hebreos y los moriscos conviven fraternalmente, sin prejuicios, como miembros de un mismo grupo semítico.



Cristián Rodríguez

Yo envidio, como muy bien supone Carmen, la oportunidad de estudiar el sefardita de los hierosolimitanos, y los ligeros apuntes muy penetrantes que transmite en su artículo de La Nación indican que ella, aunque no especialista en filología, ha calado bien el problema. Desafortunadamente no creo que podría viajar yo por mi mala vista y mi poca juventud, para no decir senectud, que hace que el viaje por el aire, como el de las brujas en escobas, no me haga mucha gracia.

Hace muchos años que me ha interesado el sefardita, del que tuve mi primera información durante la administración de don Francisco Aguilar Barquero, cuando visitó a Costa Rica un profesor norteamericano, Mr. Luria. Luria era judío originario del Báltico, (azhkenazic), aunque su nombre indica su extracción sefardita. Luria es una de las variantes del apellido italiano (judío) Loria, que al pasar a Costa Rica, donde está bien representado, se cambió por Loría. El profesor Luria que desde sus días de estudiante se había interesado por el español de Levante, después que estuvo en nuestro país hizo un viaje largo de estudio a Yugoeslavia y a Saloniki (Grecia), donde estudió de primera mano las variantes fonológicas y léxico gráficas del español sefardita conservado en los siglos posteriores a la expulsión de los judíos de España. El estudio es fascinante y ha permitido a los filólogos reconstruir, por el carácter conservador del judío, la pronunciación del español anti

guo que hablan todavía como lengua materna. Cuando estuve en Buenos Aires en 1964, para asistir al Cuarto Congreso de las Academias, conocí al observador que la comunidad sefardita norteamericana había designado. Hablaba bastante bien el español, con ciertas peculiaridades y arcaísmos. Me contó que cuando visitó a España los peninsulares quedaron bien impresionados por la calidad de su español y creyeron que se trataba de algún indiano que había estado mucho tiempo ausente de España. Alguien le preguntó: "Cuándo fue que salió de España la última vez? —"Déjeme ver, contestó". "Si mal no recuerdo la última vez que estuve en este país fue en 1492".

Estoy algo familiarizado con el sefardita, que he escuchado de labios de diversos amigos de Nueva York, como un caballero búlgaro, de apellido De León, Avigdor, que me parece era de Jerusalén, un amigo Jacobo, de Constantinopla, etc. En ese tiempo se publicaba un periódico en español, pero impreso en caracteres hebreos. No podía leer ese periódico, pero lo entendía más o menos si alguien me leía los artículos en voz alta. Después pude leer periódicos en sefardita, pero escritos en caracteres latinos. Entre los amigos sefarditas de Nueva York había un poeta que escribía versos en "ladino". Tenía una colección de escritos en prosa y en verso anteriores al Siglo de Oro. Ese amigo, que era muy erudito, me dijo que los judíos, han vivido en España desde la época de los romanos y que hubo numerosos poetas que escribían versos en hebreo, antes de desarrollarse el romance español. Ya en la época de los godos (visigodos) había ciertos prejuicios raciales o religiosos contra los españoles de origen hebreo, como lo prueban ciertas medidas que figuran en el *Fuero Juzgo*, destinados a defender a los cristianos contra la codicia y astucia de los hijos de Abraham. El representante sefardita al Congreso de las Academias me contó otro cuento que se non é vero é ben trovato. Refirió que la flota española hizo en años recientes una visita a Israel y recorrieron varias ciudades, incluso Tel Aviv y Jerusalén, y fueron bien recibidos por los sefarditas que sabían muy poca cosa del mundo exterior, observando que los visitantes hablaban una lengua que podían entender sin mucho esfuerzo, supusieron que pertenecían a las tribus perdidas de Israel.

Si el lector resiste un segundo artículo, continuaré hablando de algunas de las características del sefardita desde el punto de vista filológico.

Agradezco a Carmen las frases de recuerdo con que me distingue y auguro muchos beneficios para su cultura personal con ocasión de su residencia en Israel, de la cual nos beneficiaremos también nosotros aquí.